

JESUS MARIA SOLIS MEDINA

MI AMIGA, LA VAGABUNDA.

PARA TODA LA FAMILIA
CUENTO

CUENTO MI AMIGA,
LA VAGABUNDA.

Por Jesús María Solís Medina,
Escritor dominicano.
E-mail: jesusmsolism@gmail.com

En el corazón de la ciudad, entre el bullicio de las calles y el aroma a café recién hecho, vivía mi amiga la vagabunda. Su nombre era Alma, un nombre que le venía a la perfección, pues su espíritu era libre como el viento y su corazón, un refugio para los sueños más intrépidos.

Alma no tenía hogar, o al menos no uno convencional. Su casa era el mundo entero, un lienzo infinito donde pintaba su vida con cada paso que daba. Dormía bajo las estrellas, arrullada por el canto de los grillos, y se alimentaba con los frutos que la naturaleza le ofrecía.

A pesar de su vida nómada, Alma era la persona más feliz que conocía. Su sonrisa era como un sol radiante que iluminaba a todos los que la rodeaban. Tenía una sabiduría innata, una capacidad de ver la belleza en las cosas más simples y una conexión profunda con la naturaleza que la rodeaba.

Solíamos encontrarnos en el parque, sentadas en un viejo banco de madera, bajo la sombra de un árbol frondoso. Allí, compartimos historias, sueños y anhelos. Alma me contaba sobre sus viajes por el mundo, las personas que había conocido y las experiencias que la habían marcado. Yo, en cambio, le hablaba de mi vida en la ciudad, de mis rutinas y preocupaciones.

Ella siempre tenía una palabra de aliento para mí, una mirada sabia que me hacía ver las cosas desde otra perspectiva. Me enseñó a apreciar la libertad, a valorar los pequeños detalles y a vivir cada momento con intensidad.

Un día, Alma desapareció. No la volví a ver en el parque, ni en las calles de la ciudad. La busqué por todas partes, pero no encontré ni rastro de ella. Sentí una profunda tristeza en mi corazón, pues había perdido a una de las personas más importantes de mi vida.

Sin embargo, su recuerdo siempre permaneció vivo en mí. Sus palabras resonaban en mi mente y su sonrisa iluminaba mis días más oscuros. Alma me había enseñado que la verdadera felicidad no está en las posesiones materiales, sino en la libertad de ser uno mismo y en la capacidad de encontrar belleza en el mundo que nos rodea.

Años después, mientras viajaba por un pequeño pueblo costero, la reconocí. Estaba sentada en la arena, observando el atardecer con una mirada serena y llena de paz. Me acerqué a ella y la saludé, con el corazón latiendo con emoción.

Alma se giró hacia mí y me sonrió con su calidez habitual. Me dijo que había encontrado su hogar en ese pequeño pueblo, junto al mar. Que había

aprendido a vivir en armonía con la naturaleza y que se sentía más feliz que nunca.

Conversamos durante horas, recordando viejos tiempos y compartiendo nuestras nuevas experiencias. Me sentí tan afortunada de haberla encontrado de nuevo.

Al final del día, cuando me despedí de ella, supe que nunca la olvidaría. Alma, mi amiga la vagabunda, me había enseñado una de las lecciones más importantes de mi vida: la verdadera riqueza reside en la libertad del alma.